

desde nuestro contexto, sobre estos temas que aún parecen tabú. Ya hay intentos más interesantes para nosotros como, por ejemplo, los de Thomas Holweck, Amedeo Cencini o Carlos Domínguez Morano. Aún así, necesitamos más voces serenas y sensatas como la de Len Sperry que piensen desde un entorno europeo, latino, español... Su libro resulta así un buen ejemplo y un buen punto de partida.—IGNACIO BONÉ PINA, S.J.

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

DE JAER SJ, ANDRÉ, y EQUIPO DEL CENTRO DE ESPIRITUALIDAD DE LA PAIRELLE, *Cristo en lo cotidiano. Los Ejercicios Espirituales en la vida diaria* («El pozo de Siquem» 203. Sal Terrae, Santander 2007), 245p., ISBN: 978-84-293-1678-0.

Este libro se presenta como un instrumento pastoral «para un camino de oración recorrido con la ayuda de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio» (p.11), concretamente para unos Ejercicios realizados en la vida diaria, según una modalidad que el mismo Ignacio ofrecía «al que estuviere embarazado en cosas públicas o negocios convenientes, quier letrado o ingenioso, tomando hora y media para se ejercitar» (*Ejercicios Espirituales*, n. 19). De este modo la obra ofrece materiales útiles a quienes dan Ejercicios en esta u otra modalidad.

Figura como autor principal del libro un jesuita con larga experiencia como formador de jóvenes sacerdotes de su orden (instructor de la tercera probación); pero es fruto del trabajo en equipo en un Centro de Espiritualidad de Namur (Bélgica) en donde se proponen los Ejercicios en la vida diaria a grupos de personas que tienen una puesta en común mensualmente (se hacen indicaciones para prepararla en p.196-197) y que son acompañadas de forma individual en su experiencia.

Aunque los Ejercicios en la vida diaria (llamados también con otras expresiones) arrancan de san Ignacio mismo, no tienen una tradición demasiado consolidada, pues muy pronto cayeron en desuso y sólo fueron rescatados de forma más generalizada a mediados del siglo xx, especialmente por jesuitas de habla francesa de ambos lados del Atlántico, como los citados Maurice Giuliani y Albert Chapelle (p.13-14) o Gilles Cusson. Hoy esta modalidad se ha extendido notablemente por todo el mundo y existen muchas variantes en la forma de proponerlos, con la riqueza que ello entraña, aunque también con los eventuales peligros de una práctica poco estructurada en su origen y poco consensuada en el presente. Estos Ejercicios en la vida también se están revalorizado a los ojos de los estudiosos, que se encuentran sin embargo con el problema de las pocas indicaciones ignacianas (*Ejercicios Espirituales*, n. 19), así como las escasas referencias históricas sobre el método mismo que se pueden documentar.

Como instrumento pastoral nacido de la práctica de proponer Ejercicios en la vida cotidiana, el libro ofrece variados materiales, generalmente sencillos, que han de ser

entregados por el que da los Ejercicios a cada ejercitante: introducciones a las distintas etapas del proceso espiritual que se propone, sugerencias para la oración, indicaciones bíblicas, fichas pedagógicas, explicaciones y aclaraciones del texto ignaciano, texto que se reproduce y se sigue con notable fidelidad. Además de la presentación de los grandes temas del proceso completo de los Ejercicios (empezando por el Principio y Fundamento y siguiendo por cada una de las cuatro Semanas), en diecisiete breves anexos (p.189-235) se desarrollan algunos aspectos particulares para ayudar al que se ejercita: indicaciones para meditar un texto de la Escritura, para releer la propia oración, para discernir la jornada (o examinarla ignacianamente) a la luz del Espíritu, para orar según el método de la contemplación o según otros modos, para discernir la oración, para preparar el primer encuentro con el acompañante, etc.

Todo está propuesto en lenguaje directo, utilizando más frecuentemente la forma verbal en segunda persona que la más impersonal en tercera persona; y ofrecido a modo de charla orientadora o de ficha de trabajo para que el participante pueda enfrentar por sí mismo la experiencia. Son materiales que se entregan de uno en uno y a medida que la experiencia avanza, sin adelantar innecesariamente los contenidos de los Ejercicios, como requiere la pedagogía espiritual ignaciana («aprovecha que no sepa cosa alguna de lo que ha de hacer...»: *Ejercicios Espirituales*, n. 11). Por todo lo dicho el libro aporta numerosas ayudas al guía de la experiencia, y por eso tiene una evidente utilidad como «dossier» de trabajo o carpeta de materiales.

Otra cosa sería poner todos estos materiales desde el principio en manos de quien empieza sus Ejercicios, cosa contraria a la pedagogía indicada; sin embargo, es evidente que éstos podrán ayudar al ejercitante después de terminada la experiencia para sus repeticiones de oración sobre textos o materias que le hayan suscitado algunas mociones («notando y haciendo pausa en los puntos que he sentido mayor consolación o desolación o mayor sentimiento espiritual»: *Ejercicios Espirituales*, n. 62). Pero entregarle todo este material al que empieza tendría el peligro de adelantar el proceso, de matar su novedad, de dispersar la mente sin facilitar la inmersión en el presente; en definitiva, el riesgo de querer aprender cosas de Dios, en vez de buscar el encuentro con Él, lo que estaría contra la explícita intencionalidad de los Ejercicios, «porque no el mucho saber harta y satisface al ánima, más el sentir y gustar de las cosas internamente» (*Ejercicios Espirituales*, n. 2).

Por otra parte, los autores señalan que su obra podría ser considerada como una introducción existencial a los Ejercicios o a la espiritualidad ignaciana (p.12). Ciertamente, en el libro se propone el texto ignaciano con una fidelidad creativa para una comprensión actualizada de las diversas meditaciones, contemplaciones y documentos; el texto ignaciano se copia, se explica y se aplica. Pero, aunque el libro actualiza y acerca a la comprensión del lector actual el texto original, no puede, ni pretende, profundizar en las cuestiones o debatir en algunos puntos más difíciles.

Por ejemplo, la cuestión de la elección (notablemente central en los Ejercicios) se remite al discernimiento del ejercitante con la persona que le acompaña (p.218), aunque en un pequeño documento se le ofrecen algunas orientaciones para su decisión (p.137-140). Pero los documentos ignacianos de elección en Ejercicios, así como las reglas de discernimiento de segunda semana implicadas en la elección, parecen mostrar mayor complejidad que las indicaciones ofrecidas en el libro, así como una visión de la naturaleza humana un poco más crítica. De hecho los comentarios del libro que

comentamos son prudentes desde el punto de vista pastoral, pero quizá no hacen demasiada justicia a la perspicacia ignaciana. En ellos se anima al ejercitante a confiar en su propia experiencia espiritual, indicando que «normalmente, en la contemplación, Cristo revela al ejercitante la verdad de su vida y la llamada que le dirige en ese momento de su existencia [...]; no tengo que precipitarme, sino dejar madurar. No tengo que preocuparme demasiado, sino contemplar a Cristo en sus misterios y pedir ser recibido bajo su bandera según aquello que soy yo mismo» (p.137s). Aunque conviene afirmar la posibilidad de una elección ordenada (Ignacio cree que en la oración con discernimiento el ejercitante puede buscar y hallar la voluntad de Dios), los materiales del libro no cuentan demasiado con la posibilidad de fuertes resistencias, de engaños subjetivos, de opciones buenas pero no queridas por Dios, posibilidad también contemplada por san Ignacio. ¿Se supone que la moción de Dios discernida por el propio ejercitante suele bastar para encontrar la luz en la propia elección? ¿No pueden producirse en este trance de la elección prejuicios inconscientes en el ejercitante o resistencias no percibidas a pesar de su buena voluntad? La experiencia de acompañar al ejercitante que se plantea una elección de vida suele evidenciar que ese momento no es ni mucho menos suave y fácil en la experiencia, como ya reconoce por ejemplo el *Directorio* de Polanco (nn. 73-92).

Pero el libro se debe valorar en su intencionalidad primera: como una buena ayuda al que da Ejercicios en la vida cotidiana, los cuales son una modalidad de Ejercicios muy válida, por lo que requiere en el que los da un alto conocimiento del texto ignaciano y una profunda reflexión sobre el mismo para utilizar con fruto estos materiales; pues, por el contrario, la mera utilización de éstos u otros materiales no podrá garantizar que el camino de oración propuesto sea una experiencia ignaciana. Una experiencia que, aunque enriquecida por la experiencia del grupo, deberá ser siempre acompañada individualmente para acomodar su ritmo y para posibilitar un discernimiento personal (incluido el posible contraste por parte del acompañante) que permite buscar y hallar a Dios a través de las naturales resistencias humanas.—LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ, S.J.

GARCÍA DE CASTRO, JOSÉ, S.J., *Pedro Fabro, la cuarta dimensión. Orar y vivir* (Sal Terrae, Santander 2006), 141p., ISBN: 84-293-1657-4

La celebración del quinto centenario del nacimiento de Pedro Fabro (2006) ha sido la ocasión y el estímulo para que saliera esta obra, cuyo valor trasciende el centenario. La figura de este primer compañero siempre ha quedado oculta entre dos gigantes: Ignacio y Javier. Esta monografía dedicada únicamente a Fabro permite acercarse a su interior a partir de un desmenuzamiento muy sugerente de su diario personal (el *Memorial*) y de muchas de sus cartas, las cuales son de más difícil acceso. En la introducción la obra es presentada como una *pneumatografía*, «una biografía del espíritu» y el autor se mantiene fiel a ello. En el primer capítulo («La memoria agradecida») ofrece el marco de su vida, el cual, una vez establecido a modo de *composición de lugar*, permitirá al autor bucear con holgura en su mundo interior. A continuación, se explicita que Pedro Fabro puede ser abordado desde cuatro ángulos diferentes: como uno de los primeros compañeros, como mistagogo y maestro de los Ejercicios, como teólogo y conversador